

po. También había consentido Sidonia en no llevar la cesta á casa de su hermano, pero su bolsillo estaba siempre lleno de papelotes. Renata de quien no podía hacer una cliente razonable, resignada á las necesidades de la vida la interesaba en extremo. La visitaba regularmente, sonriendo con la discreción del médico que no quiere espantar al enfermo diciéndole el nombre de su enfermedad, y se compadecía de sus pequeñas miserias y de sus males que ella tenía la seguridad de curar inmediatamente con sólo que la joven accediese á ello.

Renata que precisamente se hallaba en uno de esos momentos en que se siente la necesidad de ser compadecida, la hizo entrar únicamente para decirle que sentía terribles dolores de cabeza.

—¡Eh, hermosa mía!—murmuró la señora Sidonia desvaneciéndose en la penumbra del gabinete.—¡Pero si aquí te estás ahogando!... Siempre con tus neuralgias ¿no es eso? Es el fastidio. Tomas la vida muy en serio.

—Sí, tengo demasiadas preocupaciones,—contestó Renata con languidez.

A pesar de que ya era de noche, no había querido que Celeste encendiese la luz. Únicamente la lumbre de la chimenea lanzaba un gran resplandor rojizo que iluminaba de lleno á la joven que continuaba arrellanada en su sillón y envuelta en

su peinador blanco, cuyos encajes asemejaban rosados.

En la sombra no se distinguía más que el negro vestido de la señora Sidonia y sus dos manos, cubiertas con guantes de algodón gris, cruzadas. Su débil voz salía de las tinieblas.

—¡Angustia de dinero todavía!—dijo con un tono lleno de dulzura y de piedad, como hubiera podido decir penas del corazón.

Renata, entornando los párpados, hizo un gesto afirmativo.

—¡Ah! Si mis hermanos quisieran hacerme caso, todos seríamos ricos. Pero se encogen de hombros siempre que les hablo de esa deuda de tres mil millones, que ya conoces... No obstante, tengo grandes esperanzas. Diez años hace que quiero hacer un viaje á Inglaterra. ¡Pero tengo tan poco tiempo de que disponer!... Por último me he decidido á escribir á Londres y ahora espero la contestación.

Al ver que la joven sonreía, añadió:

—Ya sé que tú tampoco lo crees. Pero á pesar de eso ya te alegraría de que el día menos pensado te regalase un millón... Mira, la historia es bien sencilla: es un banquero de París que prestó dinero al hijo del rey de Inglaterra, y como el banquero murió sin heredero forzoso, el Estado puede hoy día exigir el reembolso de la deuda

con los intereses compuestos. He hecho el cálculo y asciende á dos mil novecientos cuarenta y tres millones doscientos diez mil francos justos. No te apures, los tendremos.

—Mientras tanto,—dijo irónicamente la joven,—bien podías proporcionarme un préstamo de cien mil francos... Así podría pagar á mi modisto y me dejaría en paz.

—Cien mil francos se encuentran fácilmente,—contestó la señora Sidonia.—Únicamente se necesita para ello fijar la cantidad que se ha de devolver.

La lumbre relucía: Renata más lánguida, estiraba las piernas y enseñaba las puntas de las chinelas bajo el bordado del peinador. La corredora prosiguió, como siempre, en tono compasivo.

—¡Pobrecilla mía! En verdad que no quieres ser razonable. Conozco muchas mujeres, pero no he visto ninguna que abandone hasta tal punto su salud. Mira la pequeña Michelin; ¡esa si que lo entiende! Y cuando la veo feliz y con tan buen porte, no puedo menos que acordarme de ti... ¿Sabes que M. de Saffré está locamente enamorado de ella y que ya le ha dado cerca de diez mil francos en regalos? Creo que su sueño dorado es tener una casa de campo.

La señora Sidonia se iba animando y parecía usar algo en sus bolsillos.

—Todavía tengo aquí la carta de una pobre joven... Si tuviésemos luz te la leería... figúrate que su marido no se ocupa de ella. Había firmado unos pagarés porque se vió obligada á pedir prestado á un señor á quien conozco. Yo he sido quien la ha sacado, no sin trabajo, de las garras de los alguaciles... Esos pobres jóvenes, ¿crees acaso que hacen mal? Yo les recibo en mi casa como si fuesen hijos míos.

—¿Conoces algún prestamista?—preguntó Renata con negligencia.

—Conozco más de diez... Tú eres demasiado buena y entre mujeres se pueden decir las cosas, ¿verdad?, y no porque tu marido sea mi hermano le he de disculpar yo el que ande siempre metido entre perdidas y no hacer caso, en cambio, de una mujer tan hermosa como tú... Esa Laura de Aurigny le cuesta un ojo de la cara, y no me extrañaría que á ti te hubiese negado dinero. Te lo ha negado ¿no es cierto? ¡Oh, mal hombre!

Renata escuchaba con placer aquella voz suave que salía de las sombras, como el eco todavía vago de sus propios pensamientos. Con los párpados semicerrados, casi tendida en el sillón, olvidábase de todo y creía soñar que sus malos pensamientos se realizaban, experimentando por ello una sensación de placer.

La corredora continuó su charla durante largo

rato, semejando su voz la monotonía caída del agua.

—La señora de Sawyer ha sido quien ha atormentado tu vida. Tú no has querido creerme nunca. Si hubieras tenido confianza en mí, que te quiero como á las niñas de mis ojos, no estarías llorando en un rincón de tu chimenea. Tienes un pie encantador. Se que te burlarás de mí, pero voy á contarte mis tonterías; cuando estoy tres días sin verte, siento una necesidad absoluta de venir á admirarte, ¡sí!, me parece que me falta algo, y no tengo más remedio que contemplar tus hermosos cabellos, tu blanco y delicado rostro y tu delgado talle. Verdaderamente, tienes un talle como he visto pocos.

Renata terminó por sonreirse. Ni sus mismos amantes, al hablar de su belleza, lo hacían con tanto calor ni entusiasmo. La señora Sidonia observó su sonrisa, y dijo levantándose apresuradamente:

—Vaya, quedamos en ello. Hablo sin parar y me olvido de que te estoy calentando la cabeza. ¿Mañana vendrás á casa? Hablaremos de nuestro negocio y buscaremos un prestamista.

La joven, sin moverse y como aletargada por el calor, respondió después de una gran pausa y como si le hubiese costado mucho esfuerzo comprender todo lo que sucedía en torno suyo.

—Ya iré, pero no mañana. Le daré algo á cuenta á Worms, y ya se contentará. Cuando me moleste otra vez, ya veremos. No me hables más de esto. Tengo la cabeza ardiendo.

La señora Sidonia pareció contrariada. Iba nuevamente á sentarse y á continuar su acariciador monólogo, pero la actitud de Renata, la hizo aplazar para otra ocasión su negocio. Sacó del bolsillo muchos papelotes, entre los cuales había una caja de color de rosa.

—He venido para recomendarte un nuevo jabón,—dijo recorriendo su tono de corredora.—Tengo verdadero interés por el inventor, que es un joven muy simpático. Y no te creas, el jabón es muy suave y no perjudica la piel. Ya lo probarás ¿verdad? Recomiéndalo también á tus amigas. Aquí lo dejo, encima de la chimenea.

Ya estaba en la puerta, cuando entró de nuevo, y sin sentarse, empezó á elogiar una nueva faja destinada á reemplazar los corsés.

—Da al talle un corte perfectamente circular, convirtiéndolo en un talle de avispa. He podido salvar esto de una quiebra. Cuando vengas á casa ya te probarás los modelos... Toda la semana he andado consultando abogados. Tengo el expediente en el bolsillo y ahora voy á ver al procurador para extender una nueva demanda... Hasta

dentro de poco... Ya sabes lo mucho que te quiero, y sobre todo, no llores...

Sin hacer ruido desapareció. Renata quedó sola allí, sentada ante el fuego que se consumía lentamente, amodorrada por el calor con la cabeza hirviendo, oyendo como un eco las voces de su cuñada y su marido que la ofrecían sumas considerables en el tono que emplearía un tasador para subastar un mobiliario. Sobre su cuello sentía el beso brutal de su marido, y cuando se volvía, veía á la corredora á sus pies, con su pálido semblante, su vestido de seda negro, dirigiéndola frases apasionadas, ensalzando sus perfecciones é implorando humildemente una cita como un amante. A este pensamiento sonreía. Cada vez se hacía más sofocante el calor de la habitación, y el estupor de la joven, las extrañas ilusiones que embargaban su mente no eran más que un ligero sueño, un sueño artificial, en cuyo fondo volvía á ver siempre el gabinete del bulevar y el ancho diván en que cayó de rodillas.

Ya no sufría, y cuando abría los ojos le parecía ver cruzar por entre las brasas encendidas la figura de Máximo.

Al siguiente día, en el baile del ministerio, Renata estuvo admirable. Worms se había conformado con los cincuenta mil francos á cuenta, y

ella había salido del atolladero con risas de convaleciente.

Al atravesar los salones con ese traje de faya rosa y larga cola á lo Luis XIV, guarnecida de anchos encajes blancos, se levantó un murmullo de admiración y los hombres se precipitaron á verla, mientras los intimos se inclinaban con una discreta sonrisa, rindiendo homenaje á aquellos hermosos hombros, tan conocidos de todo el París oficial y que eran firmes columnas del Imperio. Llevaba un escote exagerado y á pesar de esto se paseaba tan tranquila y naturalmente su desnudez, que llegaba á parecer lo más natural del mundo. Eugenio Rougón, el político eminente, que encontraba aquella garganta desnuda más elocuente que sus hermosos discursos en la Cámara, acudió presurosamente á felicitar á su cuñada por su feliz y atrevida innovación. Casi todos los diputados y senadores estaban allí y al observar el ministro el modo con que admiraban á la joven, prometióse al día siguiente un gran éxito en la delicada cuestión de los empréstitos del municipio de París.

No era posible votar contra un poder que hacía germinar entre el mantillo de los millones una flor como Renata, de tan extraña voluptuosidad, con carnes de seda y desnudeces de estatua; goce viviente que dejaba tras de sí un ambiente de

placeres. Pero lo que hizo cuchichear á todos los concurrentes al baile fué el collar y la diadema: los hombres reconocían las joyas y las mujeres se las mostraban unas á otras furtivamente con la mirada. En toda la noche no se habló de otra cosa. Los salones, prolongando su extensión, iluminados por la blanca luz de las lámparas, atestados de resplandeciente mucedumbre, parecían un hacinamiento de astros caídos en un rincón demasiado estrecho.

A la una se marchó Saccard, saboreando el triunfo obtenido por su mujer, como hombre conocedor de los efectos teatrales. Su crédito se había afirmado más. Tenía que arreglar un negocio con Laura de Aurigny y al marcharse rogó á Máximo que al terminar el baile acompañase á Renata hasta el hotel.

Máximo pasó prudentemente la noche al lado de Luisa de Mareuil, muy entretenidos los dos en hablar pestes y criticar á todas las mujeres. Y cuando se trataba de alguna cuya historia era más escandalosa que la de las otras, se tapaban la boca con el pañuelo para sofocar sus risas. Fué preciso que Renata pidiese el brazo al joven para que éste abandonase los salones. En el coche mostró Renata una alegría nerviosa; aún sentía las vibraciones de la embriaguez, de luz, de perfumes y de los rumores. Además, le parecía haber

olvidado su «tontería del bulevar» como decía Máximo. Solamente le dijo con un tono de voz singular:

—¿Es muy graciosa esa jorobadita de Luisa? ¿Verdad?

—¡Oh! sí, mucho,—contestó el joven riéndose aún.—¿Te has fijado en la duquesa de Sternich que lleva un pájaro amarillo entre el pelo? Pues bien; Luisa pretende que es un pájaro mecánico que agita las alas y grita á todas horas al pobre duque: ¡Cu, cu!

Renata encontró muy de su gusto aquel chiste de colegiala desenvuelta. Cuando llegaron al hotel, al ver que Máximo se despedía, le dijo:

—¿No subes? Celeste me habrá preparado algo para cenar.

Máximo subió con su habitual abandono. Una vez arriba se encontraron sin cena y que Celeste se había acostado. Renata tuvo necesidad de encender las velas de un pequeño candelabro de tres brazos. Su mano temblaba algo.

—Esa tonta—decía refiriéndose á la camarera—no ha entendido bien mis órdenes... Me parece que no voy á poder desnudarme sola.

Pasó á un tocador seguida de Máximo, quien la contaba una nueva ocurrencia de Luisa, tranquilamente y como si se encontrase en casa de algún amigo, buscando en su petaca un haba-

no para encenderlo. Pero cuando Renata hubo colocado ya el candelabro sobre una mesita, volvióse cayendo en brazos del joven, muda ó inquieta, pegando á la boca de Máximo sus labios ardorosos.

El tocador de Renata era un nido de seda y encaje, una verdadera maravilla de lujo y coquetería. El *budoir*, de reducidas dimensiones, precedía al dormitorio y ambas piezas formaban una sola, ó mejor dicho, el *budoir* no era más que el umbral del dormitorio, espaciosa habitación, amueblada con sillones, sin puerta y cerrada por un doble portier. Las paredes, en una y otra pieza, estaban tapizadas de seda gris mate, brochada con grandes rasur de rosas, lilas blancas y botones de oro, siendo las colgaduras y los portiers de guipure de Venecia, con transparentes de seda á listas grises y rosa. En el dormitorio, la chimenea de marmol blanco, una verdadera joya, ostentaba, á modo de canastilla de flores, incrustaciones de lápiz-lázuli y de preciosos mosaicos, reproduciendo las rosas, las lilas y los botones de oro de la tapicería. El grandioso lecho, gris y rosa, cuya madera estaba completamente cubierta de tela y flecos y cuya cabecera estaba apoyada contra la pared, llenaba la mitad de la alcoba con una oleada de guipures y seda brochada de ramos, que colgaba desde el techo hasta la alfombra.

Parecía un traje de mujer, contorneado, adornado con bullones, lazos y volantes; y aquel ancho cortinaje que se abuecaba como una falda, hacía pensar en alguna dama gigantesca, inclinada, desvanecida y próxima á caer sobre las almohadas. La ropa que había bajo los cortinajes parecía destinada á un maravilloso altar: rizadas batistas con menudos plieguecitos, variados copos de calado encaje, todo género de cosas transparentes y delicadas, que se confundían en la penumbra de una media luz misteriosa. Al lado de la cama, monumento cuya devota amplitud le daba aspecto de una capilla preparada para alguna fiesta, desaparecía todo lo demás; sillas bajas, un *psiqué*, tocador de espejos movibles de dos metros, muebles provistos de infinidad de cajoncitos. La alfombra de un color gris y azulado, estaba sembrada de rosas pálidas y deshojadas, y á ambos lados de la cama había dos grandes pieles de oso negro, guarnecidas de terciopelo rosa, con las señas de plata y las cabezas vueltas hacia la ventana, á través de la cual parecían mirar fijamente el vacío con sus ojos de cristal.

En aquella habitación se respiraba cierta dulce armonía, cierto silencio imponente, sin que ninguna nota aguda, de reflejo metálico y resplandeciente se mezclase al canto de la soñadora frase rosa y gris, que era la dominante. Hasta el ador-

no de la chimenea, el marco del espejo, el reloj y los candelabros eran de antiguo Sevres, que apenas dejaban ver el bronce del montaje. Aquel juego era una maravilla, sobresaliendo el reloj, con sus moñetudos amarillos que descendían y se inclinaban alrededor de la péndola, como si fuesen una bandada de pilluelos, completamente desnudos, burlándose del rápido curso de las horas. Aquel lujo suavizado, aquellos colores y aquellos objetos, tiernos y risueños, que el gusto de Renata había escogido, producían un crepúsculo, una especie de luz velada y misteriosa, ante la cual parecía prolongarse el lecho llenando la habitación entera, con sus alfombras, sus pieles de oso, sus sillas guarnecidas de flecos, sus tapices acolchados que extendían, ascendiendo por las paredes hasta el techo, la molicie del suelo. Y como en un lecho, dejaba allí la joven, sobre todos aquellos objetos, la huella, la tibieza y el perfume de su cuerpo. Cuando se entreabría el doble cortinaje del *budoir*, parecía que se levantaba una colcha de seda, que se entraba en un inmenso lecho, todavía impregnado de una humedad caliente, y sobre cuyas finas sábanas se encontraban las adorables formas, los ensueños y las ilusiones de una parisina de treinta años.

La pieza inmediata, el guardarropa, espaciosa habitación tapizada de antiguo Persia, estaba sen-

cillamente rodeada de una serie de altos armarios de palo de rosa, en cuyo interior había colgados innumerables vestidos de todas clases. Celeste los colocaba por orden de antigüedad, los numeraba, los mezclaba con los caprichos amarillos ó azules de su ama, cuidando el guardarropa con la misma devoción que una sacristía y con la limpieza de un gran guadarnés. No había allí ni un mueble de más ni se veía un trapo que no estuviese en su sitio: los tableros de los armarios relucían fríos y limpios como la caja barnizada de un cupé.

Pero la maravilla del departamento, la pieza de que se hablaba en todo París, era el gabinete-tocador. Se decía el «gabinete-tocador de la hermosa señora Saccard», en el mismo tono que se hubiera dicho «la galería de espejos de Versalles». Aquel gabinete se encontraba en una de las torrecillas del hotel, precisamente encima del saloncito botón de oro. Al entrar en él, parecía que se penetraba en una espaciosa y redonda tienda, una tienda mágica levantada en sueños por alguna divinidad amante y belicosa. En el centro del techo, una corona de plata cincelada sostenía los lienzos de la tienda, que partían en redondo hasta unirse á las paredes, desde donde caían rectos hasta el suelo. Aquellos lienzos formaban rica tapicería, hecha de un tegido de seda, cubierta de muselina muy clara, rizada á grandes pliegues de trecho en

trecho; un entredós de guipure separaba los pliegues, y varitas de plata bruñida, descendiendo desde la corona, se extendían á lo largo del tapiz, á los dos bordes de cada entredós. El gris rosa del dormitorio era allí más claro, convirtiéndose su blanco rosa semejante á carne desnuda. Y bajo aquella bóveda de encaje, bajo aquellos cortinajes que no dejaban ver del techo, á través del estrecho aro de la corona, más que un pequeño agujero azulado, en el que Maplin había pintado un risueño amorcillo y preparando su flecha, uno se hubiera creído en el fondo de una caja de dulces ó de un precioso estuche agrandado y dispuesto, no para que en él brillase un diamante, sino la desnudez de una mujer hermosa.

La alfombra, de una inmaculada blancura, se extendía sin la más ligera semilla de flores. El mobiliario de la pieza se componía de un armario de luna, cuyos tableros estaban incrustados de plata, una *chaise-loug*, dos silloncitos de raso blanco y una gran mesa-tocador con tablero de mármol rosa, cuyos pies desaparecían bajo volantes de muselina y guipure.

La cristalería de la mesa-tocador, frascos, vasos, jofaina, eran de antigua Bohemia, jaspeada de rosa y blanco. Había también otra mesa incrustada de plata como el armario de luna, en la que se encontraban ordenados todos los útiles y ense-

res de tocador, magnífico estuche en el que se veía considerable número de instrumentos, cuyo uso no se explicaba á primera vista; rasca-espaldas, bruñidores, limas de todas formas y tamaños, tijeras rectas y curvas, y todas las variedades de tenacillas y alfileres. Aquellos objetos, de plata y marfil, tenían todos la inicial de Renata.

Pero lo que daba toda su celebridad al gabinete, era un rincón verdaderamente delicioso; frente á la ventana los lienzos de la tienda se abrían y dejaban ver, en el fondo de una especie de alcoba larga y poco profunda, un baño, una pila de mármol rosa, hundida en el suelo, y cuyos acanalados bordes semejantes á los de una gran concha, llegaban al nivel de la alfombra. Se bajaba al mármol, por escalones también de mármol y encima de los grifos de plata, figurando cuellos de cisne, una luna de Venecia, de forma regular, sin marco, con dibujos grabados en el cristal, ocupaba el techo. Todas las mañanas se metía allí Renata por espacio de algunos minutos y aquel baño impregnaba el gabinete, para todo el día, de cierta humedad y olor de carne fresca mojada. Algunas veces un frasco destapado ó un cajón fuera de su caja mezclaban su olor más penetrante en aquella languidez inanimada. Gustaba á la joven permanecer allí hasta mediodía, casi desnuda. Aquel baño rosado, aquellas mesas y jofainas rosadas,

aquella muselina del techo y las paredes, bajo las cuales parecía circular la sangre del mismo tenue color, adquirían carnales curvas de hombros y de senos, y según la hora del día hubiérase dicho que era, ya el niveo cutis de una niña ó ya el cutis ardoroso de una mujer. Cuando Renata salía del baño, en medio de aquella inmensa desnudez, sólo añadía una nota su blanco cuerpo al tono rosado de la estancia.

Máximo fué quien desnudó á Renata. Era maestro en aquellas cosas y sus ágiles dedos adivinaban los alfileres, y se deslizaban por la cintura con una exquisita delicadeza. La deshizo el peinado, quitóla los diamantes, la hizo el peinado de noche, riendo y acariciándola al mismo tiempo, mientras Renata también reía impúlica y sofocadamente, en tanto que la seda de su vestido crujía y las faldas caían una á una.

Cuando estuvo desnuda, apagó las luces del candelabro y llevó, ó mejor dicho arrastró á Máximo hasta el dormitorio. El baile la había aturdido por completo. A pesar de su fiebre tenía conciencia del día de la víspera, pasado al lado de la chimenea, de aquel día de ardiente estupor, de risueños y vagos sueños.

Seguía oyendo la voz de Saccard y de Sidonia, pronunciando cifras con el gangueo de un alguacil. Aquellas gentes eran las que le agobiaban y

la empujaban hacia el crimen, y aún en aquel momento, cuando buscaban sus labios los de Máximo en el obscuro fondo del gran lecho, seguía viéndole en medio de la lumbre de la víspera, mirándola con ojos que la abrasaban.

Fin del primer volumen